

Lunes, 30 de noviembre 2020

S. Andrés apóstol

“El Señor saca pan de los campos y vino para alegrar el corazón.”

Rm 10, 9-18 El que invoque el nombre del Señor se salvará.

Sal 18,2-3. 4-5 Los cielos proclaman la grandeza del Señor.

Mt 4,18-22 Dejaron de inmediato sus redes y se fueron con él.

Oramos a aquél que conoce nuestras necesidades antes de que se las expongamos. Lo que pretende es que se acrecienten nuestras ganas de desear para hacernos más capaces de recibir, pues sus dones son grandes y nuestra capacidad pequeña. Cuanto más fieles somos, más firme y ardientemente esperamos y más nos capacita. (S. Agustín). Es el pensamiento del hombre que trata de abrirse más para recibir lo que se alcanza.

Oramos por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad. Y por medio de signos externos tomamos conciencia de cómo progresamos; lo cual nos anima a proseguir.

Si me buscáis me encontraréis, si me buscáis de corazón yo os escucharé: tengo para vosotros la paz y no la aflicción, un porvenir y una esperanza. Y si confiesas que Jesús es el Señor y crees en tu interior que Dios lo resucitó triunfante de la muerte, serás salvado.

Pero, ¿cómo van a invocar a aquel en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en él si no lo conocen? ¿Y cómo van a oír su mensaje si nadie lo proclama? ¿Y cómo lo van proclamar si no son enviados? Por eso es Jesús el que nos llama como lo hizo con Pedro y Andrés y los demás, para que estuvieran con Él, se dejaran seducir y llenos de su amor enviarlos a darlo a conocer. Pero no todos aceptan la buena noticia, y, sin embargo, la fe surge de la predicación de la palabra de Cristo, que nos llama a la libertad, aunque algunos la usan para la carne que nos lleva a la esclavitud (Ga 5,13-15).

Jesús lo que quiere es seducir, convencer, enamorar; lo demás se da por añadidura, para llevar a cabo lo que pone en el corazón.

Sábado, 5 de diciembre 2020

“Gratis habéis recibido, dad gratis”

Is 30,19-21.23-26 Te dará lluvia para la semilla que siembras en el campo.

Sal 146,1-6 Él sana los corazones destrozados, venda sus heridas.

Mt 9,35-10,1.6-8 Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos.

Comparte tus bienes con los que necesitan de ti. No dejes de ayudar a los de tu propia carne. Entonces verán que el reino de Dios amor, está entre nosotros. Entonces, si clamas, el Señor responderá a tus gritos, dirá: ¡Aquí estoy! Se hace presente cuando el amor está en nosotros.

El Evangelio es la medicina para este mundo, porque cura toda enfermedad y dolencia. Un mundo que desoye la Palabra, ¿quién lo sanará? ¿Quién irá de parte nuestra? Dichosos los que esperan en el Señor y se dejan hacer de nuevo.

Las muchedumbres están cansadas de tanta mentira, se sienten abandonadas «como ovejas que no tienen pastor». Jesús nos llama para enviarnos a dar la cara, para guiar esta sociedad pervertida: expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y toda dolencia.

No tengamos miedo, porque, cuando el pobre grita, el Señor lo escucha (Sal 34,7). Por eso nos preguntamos: ¿Cómo es nuestra fe? Si creyésemos de verdad saborearíamos la palabra de Dios en la oración y nuestra respuesta sería coherente con nuestra fe: Haríamos lo que Dios quiere.

¿Cómo podemos legitimar con nuestros votos el matar?: aborto, eutanasia... ¿Cómo podemos favorecer la violación de los derechos fundamentales, etc.? ¿Cómo podemos apoyar la falta de dignidad humana? ¿Cómo podemos decir que el reino de Dios está entre nosotros? Y nos decimos cristianos.

Convirtamos en obras aquello que el Señor nos pide, el deseo de Dios. Eduquemos en y con la dignidad de hijos de Dios.

Miércoles, 2 de diciembre 2020

“Lo que sostiene y da sentido a la ley es el amor.”

Is 25,6-10a Este es el Señor en quien esperamos.

Sal 22,1-6 El Señor es mi pastor, nada me falta.

Mt 15,29-37 «¿Cuántos panes tenéis?».

Jesús encarnó el amor humano para hacernos ver el amor divino; para hacernos ver que el amor de Dios es nuestro origen, nuestras raíces, nuestro cimiento; que en él está la plenitud según Dios y que Cristo Jesús pueda habitar en nosotros por la fe (Ef 3,14-21). Contemplemos, pues, el misterio con la mente y pongamos los ojos del espíritu en la bondad del Señor para con nosotros.

Que los dones que el Señor pone en nosotros, no nos lleven a una conducta indigna de Dios, no haciendo lo que le agrada. Se nos ha dado el amor para amar, no para que lo guardemos. Dios no cesa de alimentarnos y animarnos con su Palabra, con la esperanza de que resucitemos. Por eso es necesario preparar la mesa de la Palabra, para ser ungidos y, enamorados, nos lleve a dar de comer a otros, lo que cada cual haya recibido: «Siete panes y algunos peces».

Agradecidos compartimos lo que somos y tenemos. Él se encargará de saciar y de que siga sobrando para otros muchos. No importa cómo nos encontremos, porque sabemos que nos acompaña. Lo cual nos lleva a celebrar y gozar de su salvación.

Cristo Jesús nos constituyó como testigos y guías, maestros y administradores de su Misterio. Es Dios quien nos ha llamado y nos envía como el Padre envía al Hijo.

Tengamos en cuenta que no llama a justos, sino a pecadores a que se conviertan a él. Él nos enseña y en él vemos cómo no hace su voluntad sino la del Padre. Y cómo no nos envía a condenar, sino a salvar según Cristo Jesús. De este modo recibe gloria Dios al hacer su voluntad.

Sois ricos pues habéis conseguido el reino de Dios (1Co 4,1-16).

Jueves, 3 de diciembre 2020

“La paz de Dios custodiará nuestros corazones y pensamientos en Cristo”

Is 26,1-6 Confíad siempre en el Señor.

Sal 117,1.8-9.19-21.25-27ª Bendito el que viene en nombre del Señor.

Mt 7,21.24-27 No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos.

La ruina de esta sociedad de hoy es grande porque prescinde de la voluntad de Dios, no confía, no cree en él. Necios, no nos damos cuenta de que sin verdad no hay justicia y sin justicia no hay paz, y sin Cristo Jesús que nos redime no alcanzamos la misericordia.

Abre las puertas de tu mente para que la Palabra te afecte el corazón y te lleve a la lealtad a tu Dios. Confía en él como él confía en ti.

Ábreme las puertas de tu corazón, para que yo pueda entrar, sé agradecido y recibirás la salvación, pues esa es la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

El que escucha mis palabras y las pone en práctica, edifica su vida sobre la Roca. Así, bien cimentada, no podrán tumbarla las ideologías, las influencias perversas. Pero, si nos olvidamos acudir a la Palabra de Dios, nos encontraremos sin defensas y nuestra vida será un desastre. Escuchar la Palabra es orar para hacer la voluntad de Dios. A lo largo de la Escritura, se nos va recordando que lo que importa es: escuchar.

La oración supone también un trabajo que nos incumbe. No está solo pedir o lamentarse ni quejarse a Dios; está fundamentalmente en escuchar, lo cual requiere humildad, y esto sabemos que cuesta. Supone esfuerzo, tiempo, y a veces sacrificios, etc. Es amar el nombre de Dios, lo que Dios tiene y es, dejándose amar primero: Como el Padre me ama, os amo yo. Yo soy tu Padre, tú eres mi hijo (Sal 2,7). Esto nos lo recuerda las palabras que hoy se nos ofrecen: Escucha, no todo el que dice Señor, Señor, acoge de verdad el amor que se le ofrece. No por mucho rezar, se experimenta lo amado que eres. Escucha la Palabra de Dios.

Viernes, 4 de diciembre 2020

“Recibimos el Espíritu al acoger la fe.”

Is 29,17-24 Los oprimidos volverán a alegrarse en el Señor.

Sal 26,1.4.13-14 El Señor es mi luz y mi salvación.

Mt 9,27-31 «Ten compasión de nosotros, hijo de David».

Los pobres se llenarán de júbilo cuando se dejen encontrar por el Santo de Israel; porque quienes atentan contra ellos no podrán convencerles, los cínicos no serán escuchados. El insensato encontrará inteligencia y los murmuradores aprenderán lo que nos dice la palabra de Dios; pues el Señor es la defensa de la vida, ¿quién me podrá contra él?

Por eso lo importante es vivir la Palabra, dejarse habitar por ella para gozar de la dulzura del Señor, dulce como la miel, y contemplar su Presencia. Para contemplar se necesitan ojos abiertos, y los ciegos, si se dejan afectar por el Señor, comprueban que sucede según la fe que se tiene. Y el mismo Dios no puede hacerlos callar: hablaron de él por toda la comarca.

El espíritu les impulsa a dar a conocer lo que han experimentado. Es el amor que han recibido, que no pueden callar y se da. El que tenga sed y quiera, que venga a beber el agua viva (Ap 22,17). Para que el Dios de la esperanza colme vuestra fe de paz (Rm 15,13).

Podemos reaccionar de distintas formas: nos rebelamos, nos resignamos, lo aceptamos. Rebelarse no resuelve nada; más bien puede ser fuente de desesperación, violencia, resentimiento... Cuando nos damos cuenta que cambiar la situación es difícil, podemos entrar en la resignación, en una impotencia estéril. Es necesario aspirar a la aceptación, que es poner el corazón en la fe, la esperanza y la caridad. De este modo nos hacemos disponibles a la gracia de Dios. La gracia no se da en vano a quien la recibe, sino que es fecunda.

Amad a Cristo en la carne sufriente de los demás, y podrán caer en la cuenta de que Dios los ama entrañablemente.

Martes, 1 de diciembre 2020

1º Adviento 1º Salterio

“El amor de Dios es eterno para los que guardan su alianza.”

Is 11,1-10 Sobre él se posará el espíritu del Señor

Sal 71,1-2.7-8.12-13.17 Él libraré al pobre que clamaba.

Lc 10,21-24 Todo me ha sido entregado por mi Padre.

Cuando leemos: Le inspirará el temor del Señor, ¿qué entendemos por temor? En el amor no hay temor, porque el amor de verdad no puede contener temor, ya que el tener miedo supone castigo, y el que teme a Dios, no es perfecto en el amor. Nosotros amamos en el amor que él nos ama (1Jn 3,18-19). Por tanto, el temor de Dios no contiene miedo, sino la pérdida del amor de Dios que nos inspira a esforzarnos en no perderlo; y así procuramos que la justicia, la lealtad y la paz, abunden en nuestros corazones para liberar al afligido y apiadarnos del pobre, del indigente..., y salvarlos de la ignorancia; porque nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar: se lo revela a los sencillos, a los humildes, a los que escuchan su palabra y se dejan encontrar. Así le ha parecido bien al Padre.

Bienaventurados los que escuchan y se dejan seducir por su Palabra, porque muchos son los que querrían oír la palabra de Dios y nadie se la predica. Por eso y para eso hemos sido llamados y bautizados.

Hagamos como Jesús, dejemos que la alegría en el Espíritu Santo nos llene y seamos agradecidos, pues hemos sido agraciados con la revelación de su presencia; porque así le ha parecido bien al Padre. Así es como se nos entrega todo como hijos amados.

Como decía S. Agustín: *La única vida verdadera, la única vida feliz es contemplar eternamente la belleza del Señor en la inmortalidad e incorruptibilidad del cuerpo y del espíritu. Quien posea esta vida tiene todo lo que desea y no podrá desear lo que no conviene.*

Los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos (Ga 5,18-25).

Domingo, 6 de diciembre 2020 **2º de Adviento**

“Fortaleza en la fe y seguridad en la esperanza”

Is 40,1-5.9-11 Consolad, consolad a mi pueblo, hablad al corazón.

Sal 84,9ab-10.11-12.13-14 Voy a escuchar lo que dice el Señor.

2P 3,8-14 No quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan.

Mc 1,1-8 Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos.

En las dificultades se nos llama a prepararle un camino al Señor; es en esta sociedad tan desarraigada, tan descorazonada, que se nos llama y anima a dar esperanza, a poner la mirada en este Dios que nos salva y se revela la gloria del Señor. No temas a dar la cara, pues en ti quiere revelarse; el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda.

Démonos cuenta que en su amor viene su salario, y podemos ver que lo precede su recompensa. En su misericordia encontramos la paz, y en su fidelidad encontramos su justicia, en el amor se besan; la fidelidad brota de la tierra, nuestra debilidad la necesita; y la justicia de Dios no deja de mirarnos desde el cielo; y así la lluvia de su amor empapa nuestra tierra para que dé su fruto y la salvación siga sus pasos.

Nosotros confiamos en el Señor y esperamos que en nuestra tierra habite la paz y la justicia. Y **mientras esperamos, procuremos que Dios nos encuentre en paz con él, inmaculados e irreprochables.**

Dejemos que nos envíe para ser sus mensajeros y prepare el camino, para que este mundo se convierta y sea bautizado y sea perdonado su pecado.

Jesús se hace necesitado de nuestro “sí quiero”. Para él somos su encarnación en una alianza eterna, fiel, leal, perseverante. Porque dejamos que su amor viva en cada uno de nosotros, podemos llegar a amar sin condiciones; su misericordia nos anima e impulsa a ser misericordiosos. Si no nos sentimos amados, ¿cómo vamos a saber amar? Si no nos sabemos perdonados, ¿cómo conocer el perdón?

Sé que me amas, ayúdame a sentirme amado, perdonado.

Pautas de oración

Detrás de mí viene el que puede más que yo



Él os bautizará con Espíritu Santo

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES